

# Notas y Documentos

## IMPRESIONES SOBRE LA MÁS AUSTRAL DE LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS (\*)

Un campanario, en la lejanía: cándido tallo que se levanta desde el fondo verde de una colina. Después a medida que uno se acerca, el relieve de los detalles: la punta de la pirámide que mira hacia el cielo; y, abajo, el ojo de las horas en las cuatro faldas; y más abajo aún, las tres hendiduras de las campanas sobre los balcones que miran a los cuatro puntos del horizonte. En derredor, en la verde cuenca arbolada, los blancos cuadrados de los edificios como una nidada de polluelos acurrucados junto a la clueca que levanta en alto su cabecita blanca. Un milagro.

—¿Qué es?—le pregunto a mi acompañante.

—¡Es la ciudad universitaria! —me contesta.

Por asociación de ideas, la memoria me lleva a la Universidad de California, a ese *campanile*—así se le llama allá también italianamente—a ese *campanile* que llevo en mis pupilas desde hace tantos años;; y la idea vino de allí, en realidad, como me confió más tarde el Rector, en uno de sus viajes a Berkeley.

Henos aquí por fin. La vista se ensancha al fondo de la vía y la universidad se nos aparece como sobre una bandeja de plantas y de flores. Es una veintena de edificios diseminados en un parque,

---

(\*) Traducido del "Corriere", de Milán, Italia.

separados unos de otros por avenidas, aceras, *parterre* ricos de vegetación; con estatuas, bajorrelieves y postes indicadores. Y dispuestos de tal modo que forman plazuelas y curvas y patios y rectilíneos en artísticos planos que hacen descansar la vista ya cansada por la monótona simetría de la ciudad.

Se ha creado aquí el *Campus* de los Ateneos de Estados Unidos que tanto contribuye a mantener vivo el espíritu goliardesco de la propia *Alma Mater*. Y ese espíritu se nota en algunos centenares de jóvenes que, con los libros bajo el brazo, se cruzan por las asoleadas avenidas mientras se dirigen a sus aulas; jóvenes y señoritas cuyo alegre aire familiar, en las palabras y los gestos, los hacen típicamente latinos.

Un milagro: milagro por la súbita aparición de una cosa inesperada aureolada por los rayos del sol naciente; milagro al considerar que hace treinta y dos años existían en este lugar la selva que ahora queda aún empinada sobre la colina mientras nada hacía presagiar que precisamente aquí, un día, se habría agregado a la luz vivificadora de Febo la luz animadora del espíritu.

La Universidad de Concepción tiene tres características que la diferencian de cualquiera otra: la de ser la más austral del continente americano, la de haber nacido científica y no humanística como sus similares, y la de haberse asegurado la existencia con las entradas de una lotería.

Centro industrial y militar de primer orden desde fines del siglo pasado, la histórica ciudad de Concepción anhelaba que un instituto de alta cultura viniese a completar su tradicional y magnífica organización educativa a que tenían derecho el millón y medio de habitantes que viven en las regiones meridionales de Chile. La larga y vana espera de un financiamiento prometido por el gobierno central hizo que se constituyera ya desde 1917 un Comité de ciudadanos que se dispuso—aún sin medios y pocas esperanzas—a reali-

zar el ambicionado proyecto. Y, en efecto, dos años después, con un gesto verdaderamente temerario, el Comité abrió con el pomposo nombre de "universidad", en pobres y desnudos locales, un Instituto Superior de Química y Farmacia, agregándole la Dentística y la Educación, y llamando para que enseñaran a algunos profesionales locales. Gesto éste que aparecía heroico ya que, en una tierra en que la enseñanza universitaria es gratuita, no había en vista ningún financiamiento regular, de modo que la necesidad imponía cátedras utilitarias para proveer al menos al arriendo de las aulas.

Sin duda la universidad no nacía bajo auspicios felices. Sin embargo, nadie perdía la fe; se confiaba en la estrella solitaria que desde un principio había guiado otras empresas nacionales hacia puerto seguro. El actual Rector, don Enrique Molina, y el profesor don Salvador Gálvez, que fueron los precursores y que hoy observan sorprendidos el camino hecho, me cuentan que no faltaban los enseñantes aunque el sueldo era aún problemático... Para financiar las reducidas cátedras era menester mendigar: pedir ayuda al Consejo Municipal, a los Municipios de los pueblos vecinos, a las damas de la Beneficencia. Se cuenta que el actual Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, a la sazón profesor en un liceo de la ciudad, hizo unas jiras artísticas con el fin de recoger fondos por las ciudades del sur acompañado por una *troupe* de estudiantes. Logrando reunir más de \$ 7,000.

Mientras tanto, la enseñanza se impartía a aulas repletas. Era tal la pobreza que en el cuarto que hacía las veces de laboratorio se usaban, en lugar de probetas, tubos de aspirana Bayer, y el profesor Gálvez debía llevar consigo el hornillo a gas que usaba en casa para el desayuno. En la sala de Dentística el único sillón existente ya había sido relegado al desván por un barbero que lo consideraba inservible. A pesar de todo, ese embrión de universidad estuvo a la altura de su tarea, y cuando llegó la Comisión Examinadora de la capital el éxito fué tan favorable que todos se sorprendieron de que con semejante deficiencia de medios se hubiesen alcanzado inesperados resultados.

¿Sin embargo, cómo se podía seguir adelante? ¿Cómo podía financiarse una institución a la que aflúan, siempre, más los estudiantes? Una solución era imprescindible. El Comité empezó a aumentar el número de sus miembros incluyendo a agricultores e industriales, profesionales y políticos. ¡Entre tantos amigos bien debía encontrarse una ayuda! Si no era posible obtener del Gobierno la suma necesaria, debían escogerse otros medios... aún cuando los medios sólo fuesen expedientes. Ya era una solución el poder vivir al día.

Entonces nació la idea de la lotería nacional. ¿Por qué no? Explotar la pasión del juego en aras de una noble finalidad educativa. Los primeros intentos fueron locales: el juego pasó a ser "donaciones con sorteo"; pero cuando parecía que marchaba bien, el Gobierno prohibió en la República todas las especulaciones de azar. Transcurrieron así otros meses de incertidumbre y angustia y, si las puertas de la universidad no se cerraron, fué una verdadera casualidad. Se luchaba en Concepción para mantener viva la antorcha de la alta cultura; se luchaba en Santiago para restablecer el juego basado en la beneficencia.

Y, por fin, en 1925, con decreto del entonces Presidente Arturo Alessandri, se autorizó la Lotería Nacional de la Universidad de Concepción. Este triunfo aseguraba a la histórica ciudad y a toda la culta región del sur el tan anhelado Instituto de Alta Cultura sobre bases, con el tiempo, siempre más fecundas. De un caudal de 600 mil pesos en el primer año, se llegó a los 46 millones en 1949.

Seria y honradamente administrada, la Lotería es hoy la única entrada de que vive la universidad, la que, dicho sea de paso, sigue la recta vía de la máxima eficiencia cultural manteniéndose al margen de toda politiquería y de toda influencia sectaria. La universidad ha podido agregar otros edificios a los antiguos, aumentar los laboratorios y dotarlos de los últimos adelantos científicos, crear las facultades que faltaban y doblar el número de los estudiantes provenientes de todas las repúblicas latinoamericanas. Ha podido resistir no sólo al sistema encomiable pero gravoso de la enseñanza gratui-

ta, sino proporcionar subsidios al 25 por ciento de sus estudiantes por un valor aproximado de \$ 300 cada uno, mientras aumentaba notablemente el sueldo de sus numerosos profesores; algunos de los cuales contrataba en Europa y otros enviaba a perfeccionarse en el extranjero. Ha podido editar obras de verdadero valor, además de dos revistas altamente cotizadas en los círculos culturales, y otorgar dos interesantes Premios anuales a las mejores obras literarias y científicas publicadas durante el año.

---

He podido visitar la universidad con motivo de haber sido invitado a dictar en ella algunas conferencias. El Rector, profesor Enrique Molina, y el activo Secretario General, profesor Avelino León, me acogieron con verdadera cordialidad. El Rector es un hombre alto, enjuto y fuerte que demuestra veinte años menos de los ochenta recién cumplidos. Su persona posee ese *physique du rol* que revela a primera vista el gran educador que luego su mágica palabra confirma. En efecto, el Rector es un orador elegantísimo y un filósofo de reputación internacional; pero no un filósofo meditabundo y extático, sino práctico y dinámico, verdadera alma de esta institución que ha visto surgir de la nada—ladrillo a ladrillo, facultad a facultad—criatura, en fin, por la cual vive y trabaja.

—¿Hacia dónde va Europa?—me pregunta refiriéndose a la filosofía que tanto le preocupa—. Aquí no llega aún el eco de las nuevas corrientes filosóficas; sin embargo, de lejos parecen tan curiosas que no pueden amenazar ni aún nuestra mentalidad clásica y tradicionalista. Para sondear el pensamiento de la vieja Europa hemos llamado cuantos filósofos hayan visitado recientemente este continente: Gabriel Marcel, Gastón Berger, Alfred Ayer y Von Reintelen. ¿Acaso agoniza la espiritualidad en Occidente? Si Europa se desvía, ¿podrá nuestra América sacarle la antorcha e iluminar la civilización con esa filosofía del espíritu tan codiciada? Nuestras universidades son hoguera de espiritualidad, pero si esta espirituali-

dad tiene que ser absorbida por una mística inactiva o por un crudo materialismo, ¿qué profesionales podremos formar? ¿Cómo podremos progresar sin el aliento del espíritu?

El Rector me hace el elogio de la colectividad ítalo-chilena muy industriosa en esta región, la cual nunca dejó de responder al llamado de la universidad; y me habla con entusiasmo de los profesores italianos y oriundos de Italia que aquí enseñaron y enseñan actualmente. Me habla del doctor Leopoldo Muzzioli, director del Instituto de Física y ganador del Premio *Atenea* por su valiosa publicación sobre Atropía; del doctor Antonio Camurri, profesor de Mecánica Racional; del profesor Luciano Cabalá, Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas; y de los profesores Fighetti, Da Milano y Cánepa. Recuerda los doctores Argeo Angeolani de Física Industrial y Agustín Castelli, de Bacteriología, el cual, aquí fallecido; dejó imperecedera memoria.

—Los italianos—concluye despidiéndome—tienen innato el arte de enseñar y no conozco universidades en América que no se illustren con algunos de ellos.—EUGENIO CAMILO BRANCHI.